

---

# Cuento de Perros

Javier de Viana

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 7560**

---

**Título:** Cuento de Perros

**Autor:** Javier de Viana

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 16 de agosto de 2022

**Fecha de modificación:** 16 de agosto de 2022

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Cuento de Perros

Es en la madrugada. La niebla cubre el campo y hace un frío terrible, un frío contra el cual nada pueden las grandes brasas de coronilla que rojean en el fogón.

Hay orden de pasar rodeo para un aparte; desde hace más de una hora los peones tienen ensillados los caballos, prendidos los lazos a los tientos y bien apretada la cincha, como para correr sin miedo en las cuestas arriba y en las cuestas abajo, sin peligro de que, echada a la verija, los redomones se desensillen solos corcoveando.

Empero, fuerza es esperar a que se levante la helada de un todo y se trague el sol la neblina.

Han churrasqueado, tienen ya verdes las tripas de tanto cimarronear, y, bostezando y restregándose las manos, se aburren en la rueda del fogón.

Camilo dijo de pronto:

—Hace más de media hora que don Cantalicio no abre la jeta ni pa largar un resuello... ¿Se le ha yelao la lengua, viejo?

Don Cantalicio hizo un esfuerzo para desprender el pucho que se le había pegado a los labios y respondió, pausada, perezosa, cansadamente:

—No es pa menos, che... Parece que con la crisis, hasta Tata Dios se ha güelto agarrao...

—¡D'ende veras!... Ya ni agua gasta: van como pa tres meses que no llueve...

—Verdá, los campos se están quejando.

—Y los pulperos estrilan y han aumentado el precio'el vino y la caña.

—¡Pero, en cambio, tuitas las noches cain unas heladas como pa poncho'e dijunto!

—Y la otro día nos dan un piacito'e sol que alumbra menos que vela'e baño.

—A gatas si redite l'escarcha.

—Y no alcanza ni pa calentar los pieses.

—¡La leña está muy cara, che, y como el fogón del sol come mucho, Tata Dios economiza!...

—Güeno,—habló Camilo, dirigiéndose a don Cantalicio;—pa medio desentumirnos, cuentenós el cuento del perro overo que nos ofreció la vez pasada.

—El perro overo... lo llamaban Iguana...

—¿Por qué, si era overo?

—¡Qué sé yo!... Por lo mesmo que uno puede llamarse Deolindo, y ser más feo que un susto a media noche...

—¡A ver! Denme lao pa colocar esta pava, qu'el patrón quiere amarguear y se me ha emperrao el juego en la cocina!—exclamó con imperio ña Robustiana, la esposa del capataz Cantalicio.

—Güeno,—continuó el viejo sin mirar a su mujer;—: perro overo, qu'era un perro güen mozo, se había enamorado de una perrita barcina que moraba en la misma casa y era medio parienta suya. Ella le corrispondió y se juntaron. Iguana era güenazo con ella; en cuanto encontraba un güeso se lo llevaba pa qu'ella mascara... Pero un día se presintó un perro gaucho, que no tenía casa y vivía robando ovejas y

cruzando campos... Le tiró unos tientitos a la barcina, y la muy perra los trenzó.

—«¿¿Juyamo?»—propuso el entruso, y ella contestó:

—«¡Juyamo!»

Y juyeron. Iguana quedó tristazo. Ya ni diba al campo; cuasi siempre comía yuyos pa desamargarse; se puso flaco, y a cada rato decía:

—«¡Qué vida perra!»

Como cosa de tres meses después, la barcina cayó a la Estancia. Iba flaca, sucia, medio por morirse. Al verla, Iguana la quiso hacer piacitos a mordiscones; pero ella le contó el pasao: a su gaucho lo habían muerto de un tiro en momentos que desnucaba un cordero... ella escapó, corrió, corrió y se volvió a la querencia.

—«¿Me perdonas?»—preguntó.—Una refalada no es caída.

E Iguana contestó:

—«Te perdono; pero no te volvás a refalar!»....

Na Robustiana, que con los brazos en jarra, había escuchado el relato, exclamó colérica:

—¡Bien se ve que Iguana no era un hombre!

—Y bien se ve—contestó el viejo—que la barcina era una perra!...

## Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.